Hacia la Luna por Navidad

Vicente Byrd

Capítulo 1

Grilda había decidido destruir el mundo.

Y cuando digo “decidido”, no lo digo por decir. No digo “decidido” como cuando decides ir de vacaciones a la Costa Azul este verano y ya estás mirando vuelos en internet. Grilda Harper se encontraba a poca distancia de la estratósfera, montada en su escoba voladora y con un libro de magia negra en la mochila. Había encontrado el maleficio perfecto para hacer que el planeta Tierra estallara en mil pedazos. Era un hechizo un poco avanzado, pero nada que Grilda no pudiera manejar. La magia negra era su especialidad. Llevaba desde primero de primaria sacando excelentes en esa asignatura. No podía decir lo mismo de geografía estelar, pero todo era culpa de la profesora Lacey.

La carta había llegado aquella misma mañana. ¡Vaya una manera de arruinarle el día de Nochebuena a una! Había sido expulsada del colegio por hechizar a su profesora. Sus padres la habían castigado sin Nochebuena y sin regalos y la habían encerrado en la mazmorra por el resto de las fiestas. O al menos lo habían intentado, porque Grilda había escapado sin demasiado esfuerzo.

Todo lo que estaba pasando era absolutamente injusto. Ni siquiera había sido tan grave lo que le había hecho Grilda a la profesora. Fue un maleficio menor. El hechizo hacía que cada vez que la señora Lacey intentaba hablar, sus palabras entonaban La Marseillese, el himno de Francia, que a la profesora le gustaba tanto. Le estaba bien escarmentado por enseñar una asignatura tan aburrida. “¿A quién le importa dónde están Jupiter, Calisto y el resto de sus lunas, si nunca voy a poder viajar hasta allí?” se preguntaba cada día Grilda. Lo más lejos que un brujo o bruja era capaz de viajar fuera de la tierra era la Luna, gracias a un encantamiento que mantenía tus constantes vitales en el espacio exterior durante unas pocas horas.

Y a la Luna se dirigía Grilda. Allí lanzaría su maleficio por fin y… ¡BUM! Todos los humanos y los brujos y brujas hechos cachitos. Estaba harta de los humanos y de los brujos y de las brujas. Pero sobretodo estaba harta de la profesora Lacey. “Le demostraré que no soy una completa inútil como ella piensa” pensó.

Y después de pensar esto, vio de pronto un cuerpo que caía a toda velocidad. El trineo que surcaba el cielo naranja del atardecer había perdido uno de sus renos.

“No seré la única sin regalos”-pensó Grilda, sabiendo que Santa Claus no

podía entregar todos aquellos regalos si le faltaba uno de sus renos.

El animal pasó a pocos metros de ella al caer. Gritó horrorizado hasta perderse de vista, suplicando su ayuda. A la jóven bruja se le heló la sangre en las venas.

No podía creer que aquel reno estúpido fuera a retrasarla, pero así fue. Grilda bajó en picado y siguió al reno a toda velocidad. Lo alcanzó justo cuando estaba a punto de caer al agua helada y lo atrapó con un brazo. El denso pelaje le nubló la vista por un segundo, pero Grilda supo maniobrar bien la escoba y no hubo complicaciones. El reno montó tras ella a duras penas.

Al fin pisaron tierra firme, y allí en aquel hermoso bosque, Grilda le curó al reno la herida de su pata trasera, la cual no cesaba de emanar sangre y más sangre. Después de esto cada cuál se presentó. El reno se llamaba Fernir. Le estuvo muy agradecido a la muchacha.

—Eres una gran persona, Grilda Harper. ¿A dónde te dirigías tan deprisa y al atardecer? ¿No deberías estar con los tuyos, preparándote para la celebración?

—Me dirigía a la luna para destruír el mundo—explicó Grilda

—Oh—dijo el reno de pronto algo incómodo.

—Mis padres me han castigado sin navidad por culpa de una profesora muy mala.

—Vaya...—respondió el animal gravemente.

—Nos trata como ratas. ¡A veces hasta nos convierte en ratas! Pone unos exámenes super difíciles. Y explica cosas que no le interesan a nadie. ¡Y encima me tiene un montón de manía! Siempre la toma conmigo.

Por suerte para Grilda, los renos son excelentes conversadores, y les encanta escuchar.

—Suena bastante horrible.

—Ella lo es.

—Sin embargo, tu también has sonado bastante horrible, cuando has dicho que querías destruir el mundo.

—Lo soy—aseguró Grilda muy decidida.

—Y aún así me has salvado la vida—le recordó el reno. Y con un gesto de cabeza, retomó el vuelo, pues Santa Claus lo esperaba.

Así que Grilda se sentó a pensar en lo que había dicho el reno. Pensó y pensó, y después de una hora pensando, decidió que lo que había dicho el reno era una soberana estupidez. Bueno, no exactamente. En parte reconocía que el animal tenía razón, pero es que no había derecho. ¡Justo cuándo estaba tan decidida a destruir el mundo! Y es que es tan difícil echarse atrás cuando has llegado tan lejos… Grilda nunca antes había estado tan cerca del espacio. ¡Era una sensación impresionante! ¡El cielo, las estrellas, el aire gélido en la cara! La hacía sentir tan libre… ¡Siempre había querido hacer un viaje como aquel! Siempre. Desde que…

Desde que la profesora Lacey les habló en clase una vez sobre las maravillas del espacio exterior.

***

Lejos de allí, en una hermosa colina bañada apenas por los últimos rayos de luz del día, la señora Lacey llamaba dulcemente a todos sus animales, o al menos a los que se habían quedado rezagados afuera.

—¡Timothy, Delia, Andreas! ¡Ritta, vamos, daos prisa! ¡Ya estamos todos en la mesa!

Entraron al calor del hogar el gato naranja Tim; Delia, la yegua blanca con manchas negras, la conejita Ritta y por supuesto, Andreas, el perro. Todos ellos estaban invitados a la cena familiar junto con todos los hijos y nietos de la señora Lacey. Y al pasar junto a la sala de estar, la profesora vio que el fuego de la chimenea estaba encendido. Cuando fue a apagarlo, tamaña fue su sorpresa al ver un hermoso paquete con su nombre y una cintita roja. La señora Lacey se apresuró a leer la tarjeta.

“¡Perdón por haberla hechizado, profesora!”